

LOS ANTAÑOS DEL DUQUE

Por AQUILINO DUQUE GIMENO

El poeta y librero vienés Peter Altenberg, fallecido en 1919, escribió que “Dios piensa en el genio, sueña en el poeta y duerme en el resto de la humanidad”. Para ese resto de la humanidad en la que duerme Dios, el pasado es plano, sólo tiene dos dimensiones: base y altura; sólo para aquellos en los que Dios piensa o sueña, tiene el pasado además profundidad, tiene relieve, tiene volumen. Sólo estos últimos hacen memoria con autoridad; los otros, o no tienen memoria, o más valdría que no la tuvieran. Esa mayoría de memoria plana, de memoria chata, es la materia prima de lo que ha dado en llamarse la opinión pública, esa opinión con la que determinados hombres públicos pretenden suplantar los juicios de la Historia. No es lo mismo responder ante la Historia que responder ante la opinión pública, y en esto radica la diferencia entre el estadista y el político. Muy pocos son los que saben distinguir al estadista del político, y tal vez en ese discernimiento radique una de las notas de la cultura. Como indicio de cultura conceptuaba otro vienés, Karl Kraus, la capacidad de distinguir, si no un estadista de un político, una urna de un orinal, y dividía a los demás, a los incultos, a los incapaces de distinguir, en dos grupos: el de los que usan el orinal como urna y el de los que usan la urna como orinal. Por decir estas cosas y otras parecidas, fue víctima Karl Kraus de una de las conspiraciones de silencio más feroces de la historia del periodismo. No sólo le estaban vedadas las páginas de

los grandes órganos de opinión de Viena, sino que en todos ellos se tenía la consigna de no mencionar su nombre bajo el menor pretexto, hasta el punto de que *Die Neue Freie Presse* silenció el entierro de Peter Altenberg por el mero hecho de que Karl Kraus había pronunciado unas palabras en el cementerio. En una Europa brillante, liberal, derrotada y decadente, en cuyos subterráneos bullían ya los totalitarismos, Karl Kraus estrenaba, adelantado a su tiempo, el sambenito de *Unperson*, de “apersona”, etiqueta que deberíamos al Orwell de 1984. Por fortuna para Kraus, nadie le impidió publicar a partir de 1899 su propio boletín *Die Fackel*, en el que dio acogida a colaboradores tales como Liebknecht, Wedekind, Lilien-corn, Altenberg, Strindberg, Wilde, Schonberg, para a partir de 1912 quedarse solo, destino inexorable de un hombre cuyo lema siempre fue: “Puesto a escoger entre dos males el menor, no me quedo con ninguno de los dos”.

La presentación de este curioso personaje, y de la constelación a la que perteneció, a la afición española, fue obra de un sacerdote a la sazón, Jesús Aguirre, que, como director literario de ediciones *Taurus*, publicó la versión castellana de la obra *La Viena de Wittgenstein*, de los profesores norteamericanos Janik y Toulmin. Yo tuve conocimiento de este libro a través de una incitante y espléndida nota del maestro Aranguren en la revista *Triunfo*. De entonces acá pasarían muchas cosas. Aranguren emprendería un peregrinaje por las universidades de Occidente con la angustiada pretensión de malbaratar su alma a un Mefistófeles que jamás se dignó acudir a sus conjuros, y el P. Aguirre - que ya de estudiante en Munich se había echado a la cara a Mefistófeles - acabaría por ahorcar la sotana, tomar nuevo estado y ganar por él acceso a la grandeza de España. Un distinguido filósofo extranjero que volvió a España a poco de acabar nuestra guerra, comentaba que España era un país desconcertante, pues antes de la guerra había conocido en Madrid a un sacerdote y a un agnóstico, y al volver ahora se encontraba con que el sacerdote había contraído matrimonio, y el agnóstico era cura y vivía como fraile mercedario. Se refería, claro está, a Xavier Zubiri y a Manuel García Morente. Dentro de esta desconcertante tradición de la filosofía española estuvo, pues, quien llegara a ser duque consorte de Alba, hombre que a sus muchos saberes unió la virtud de poseer una memoria estereoscópica.

En su libro de memorias *Casi ayer noche*, aparecido en Madrid en 1985, Jesús Aguirre trataba de disimular esa virtud al insinuar que de una sola noche, la de la víspera, databan, como diría Quevedo, “los antaños que (había) vivido”. Esos antaños eran demasiado varios y el personaje demasiado complejo para que diera buen resultado la operación desmaquillante de sacrificar un relieve que todos le acataban a una coherencia que nadie le exigía. Una biografía no es un lago, sino un río. Por muchos pactos que se hagan con el Diablo, no es posible ser a la vez profeta y hombre de mundo, de modo que, al eliminar las fechas de sus avatares espirituales, Jesús Aguirre procedía por fortuna como esos aristócratas que al dar su tarjeta hacen como que tachan con un tímido trazo la corona correspondiente. Las medallas de Jesús Aguirre estaban tan bien buriladas que el tiempo, sigamos con Quevedo, no había logrado limarlas, y esto no dejaba de saltar a la vista de unos lectores que él no quería multitudinarios. Jesús Aguirre fue un escritor para pocos por haber sido un orador para muchos. Su palabra hablada, que congregaba bajo su púlpito a multitudes exquisitas, al ponerse por escrito tendería a oscurecerse, siguiendo el consejo d’orsiano, en un hermetismo para minorías tan exquisitas como las multitudes aquellas que aspiraban a entrar en el paraíso de la modernidad por el ojo de aguja del Vaticano II. Y sin embargo, ese oscurecimiento era sólo aparente o, mejor dicho, gráfico. En la parte de su obra que vamos a llamar “profética”, el orador se imponía al escritor. Aguirre escribía como hablaba, y su estilo, *mutatis mutandis*, me hacía pensar en dos oradores a quienes nunca escuché pero a quienes he leído alguna vez; dos oradores muy distintos entre sí: don Emilio Castelar y don Antonio Maura. En Castelar, por diluir mucha doctrina en la elocuencia; en Maura, por enrevesar quevedesco -o en este caso gracianescamente- el estilo. El sermón -y los ensayos teológicos del P. Aguirre eran en el fondo y en la forma sermones- es un género oral, y en este género tanto importa lo que se dice como la manera de decirlo. Lo que a nosotros al leerlo nos puede resultar oscuro, al oírlo en boca de su autor resulta diáfano. Los únicos que entendieron en su integridad *Finnegan’s Wake* fueron los que tuvieron la suerte de oírsele al propio Joyce.

Jesús Aguirre, antes de ser duque consorte, fue teólogo de vanguardia y, por razones obvias, dado el clima eclesial y social de

la época en que desempeñó su ministerio, hubo de envolver en sutiles circunloquios proposiciones tan audaces en su día como la del paralelismo entre la analogía escolástica y la dialéctica marxista, o la contraposición de la ortopraxis de la esperanza a la ortodoxia de la fe, o la misa como banquete frente a la misa como sacrificio, o la equiparación moral del creyente y el ateo y la consiguiente renuncia del cristianismo a su catolicidad. Se oponía incluso a la pretensión de clérigos como González Ruiz de que fueran los católicos los únicos capaces de dialogar con los marxistas, alegando que los protestantes estaban mejor dotados para entablar ese diálogo. Esa voluntad ecuménica del diálogo le llevaría incluso a sugerir, para acoger en él a las reivindicaciones del Tercer Mundo, el “diálogo en la acción”, apoyándose nada menos que en textos del cura guerrillero Camilo Torres. Conviene aclarar que al paso de ese diálogo salía ya San Pablo cuando exclamaba “¿Qué concordia entre Cristo y Belial?”, y de colaboración con el Diablo lo calificó lisa y llanamente el disidente ruso Vladimir Maximov, el cual llegaba a recordar que ese diálogo ya había tenido lugar hacía dos mil años en el desierto al pie de Jerusalén. Y que en ese diálogo fueron hechas tres proposiciones sociales y fueron dadas tres respuestas espirituales. “Un verdadero cristiano - agrega Maximov - no tiene nada que añadir a las palabras eternas de su Salvador”. Sospecho que a lo que Maximov llama “verdadero cristiano” es a lo que, desde el punto de vista de las “tres proposiciones sociales”, suele llamarse “cristiano integrista”, y que ese “cristiano integrista” sigue llamando con el Evangelio “tentaciones” a las que Maximov denomina eufemísticamente “proposiciones sociales”.

En esas proposiciones o tentaciones se cifró la llamada “teología de la liberación”, y es bien sabido que el profeta que tan inteligentemente la predicaba, se transformaría a la vuelta de veinte años en el hombre de mundo que con cierto menosprecio la dejaría en mera catequesis. Dejar una teología en catequesis es pasar de la categoría a la anécdota, pero lo que aquí interesa no es ver hasta qué punto fue anecdótica la teología de la liberación, sino dejar aclarada toda la distancia espiritual que iba del antiguo profeta al moderno hombre de mundo.

Dije antes que ya en Munich el joven Aguirre se había echado a la cara a Mefistófeles. Fue -él lo cuenta- oyéndole a Romano

Guardini una lección vespertina sobre *Los demonios* de Dostoyevski, en el curso de la cual hizo el aterrador descubrimiento de que el propio Guardini era el Demonio en persona. Yo creo firmemente que ese Demonio, al verse así descubierto, comprendió que quien era así capaz de descubrirlo era digno de ser poseído por él, y así, al morir Guardini, se trasladó al cuerpo de Aguirre -cuánto no hubiera dado Aranguren por algo semejante- y en él pasó una buena temporada. ¿Y qué pasó con el alma de Jesús Aguirre mientras tuvo el Diabolo en el cuerpo? El prologuista de las Memorias, García Hortelano, nos respondía, puntualizando que no hubo entre dueño e inquilino contrato de compra-venta, sino de alquiler.

Demasiado inteligente como para hacer una *excusatio non petita*, un gratuito “descargo de conciencia”, Jesús Aguirre se limitaría a borrar las fechas de acontecimientos tan memorables, insinuando que todo pudo haber sido “casi ayer noche”. Niego la mayor. Desde su vocación secreta de hombre de mundo, el profeta que Aguirre fue se interesó preferentemente por la proyección sociológica de la teología, y si hay unas ideas que el hombre alerta y vivo revise y renueve continuamente son las ideas sociológicas. Por eso, de “casi ayer noche” es aquella parte de sus Memorias en que no oímos al Jesús Aguirre del púlpito de moda, sino que leemos al Jesús Aguirre que piensa y sueña en la alta noche. Se trata de las páginas tersas, tensas, tiernas, claras y cálidas en que describe su encuentro juvenil con Goethe, y de aquellas otras en que nos relata los momentos estelares y las afinidades electivas de sus años centroeuropeos de viaje y aprendizaje. Entre esas afinidades destacan las de dos judíos salomónicos: Karl Kraus y Walter Benjamin, dos hombres en los que también habitó -y cómo- “el espíritu que siempre niega”. A este último lo llevó su ángel, el Agesilaus Santander, anagrama de *Der Angelus Satanus*, el ángel de la Historia, “armado de punta en blanco”, a quitarse la vida. Esto ocurrió en Port Bou, o en Cerbère, el 26 de septiembre de 1940, y no es justo que se sume esta muerte a las de nuestra guerra civil, sobre todo si damos crédito a la hipótesis reciente de que esa muerte pudo ser asesinato. ¿A quién le hubiéramos cargado el muerto si Benjamin llega a suicidarse el 27 de julio de 1932, según le daba a entender a Gershom Sholem en carta escrita la víspera? Benjamin siguió a ese ángel equívoco - uno de los infinitos ángeles que, según la *Kabala*,

creó Dios para que se disolvieran después de cantar Su gloria-, ángel que le recordaba las cosas y las personas de las que había tenido que separarse y que lo haría regresar al lugar de donde había venido. Ese ángel -es Sholem quien lo señala- aparece en la segunda epístola de San Pablo a los corintios, y es “el aguijón de la carne, el ángel de Satanás” que abofetea al apóstol para que no se engría. Y es curioso que en su anagrama esté una palabra -“Santander”- que a Jesús Aguirre no tenía más remedio que evocarle entrañablemente el -robémosle un verso al jándalo inmortal- “cristal feliz de (su) niñez huraña”.